

Preámbulo

Ningún país libre nace aislado. Construye su vida independiente inmerso en la gigantesca maraña de las relaciones internacionales. El caso de Estados Unidos, la primera nación moderna que dio la espalda a la monarquía —entendida no sólo como forma de gobierno, sino como manera predominante de concebir y organizar el Estado—, no fue la excepción.

Desde su independencia, se vio obligado a diseñar una política exterior que propiciara su desarrollo económico para lograr lo más pronto posible la consolidación de las instituciones recién creadas. En muchas ocasiones tuvo que contemporizar con las dos grandes potencias de la época, Francia y Gran Bretaña. Una vez firmada la paz con la antigua metrópoli, sabía de sobra que no podía permitirse entrar en conflicto con ninguna. A lo largo de treinta años, hasta comienzos del siglo XIX, debió urdir entonces una astuta política de equilibrio entre sus intereses nacionales y los intereses tanto europeos como transcontinentales de dichas potencias.

La tarea era por demás difícil.

Los artífices de esa política exterior fueron inicialmente Benjamin Franklin y Thomas Jefferson. No cabe duda que llevaron a cabo semejante empresa con éxito. A través de las alianzas y tratados que negociaron primordialmente con Francia, aseguraron una neutralidad imprescindible para su país. Gracias a los logros diplomáticos que obtuvieron, Estados Unidos pudo dedicar sus esfuerzos a crecer económicamente y a reducir la deuda externa que tanto lo asfixiaba.

En este libro analizo las condiciones en las que se desarrolló la política internacional estadounidense del momento. Abordo las estrategias ideadas con

extraordinaria imaginación, primero por Franklin y después por Jefferson, para lidiar con la política europea y garantizar a su patria un sitio en el mundo. En él, creo, hay algo más que Historia. No se contenta con proponer un simple recuento del pasado. Busca reavivar la pertinencia de una pregunta que Jefferson, consciente de la delicada situación internacional a finales del siglo XVIII, lanzaba a sus compatriotas: ¿estamos en condición de ir a la guerra?

Conviene no olvidarlo. Contra todo pronóstico, los colonos americanos ganaron la guerra de independencia a Gran Bretaña. Contra todo pronóstico, hace unas décadas los estadounidenses perdieron la guerra de Vietnam. Y también contra todo pronóstico, no han podido hasta ahora ganar la guerra que desataron en Irak.

Así como ningún país nace aislado, así tampoco ninguna nación puede actuar como si el resto de las naciones no existiera. Frente a la política unilateral y arrogante que Estados Unidos se ha empeñado en ejercer durante los últimos años, vale la pena subrayar que, tiempo atrás, fue un país diestro en el ejercicio de la diplomacia.

Hoy parece anunciarse una época distinta. Ya veremos...

Por último, una advertencia y una aclaración. En las páginas que siguen, utilizo profusamente el término “americanos”. No se lea como un respaldo incondicional de mi parte a la doctrina Monroe. Los habitantes de Estados Unidos de América en el siglo XVIII son, sin más, americanos. Así se denominan ellos y así los denominan ingleses y franceses. Claro. Tengo presente que, durante ese mismo siglo XVIII, cuando Feijoo sale en defensa de los americanos, combatiendo el prejuicio que sostiene que los moradores de estas tierras australes sufren flojera mental y perpetua oclusión del entendimiento a causa del clima tórrido en que viven, los “americanos” a los que se refiere son, en efecto, unos americanos muy diferentes. Entre ellos hay muy pocos rubios, sólo dos o tres pelirrojos, y casi todos hablan, con acentos variados, la lengua de Castilla. Pero son también americanos.

De esta ambigüedad es probable que la culpa recaiga en los españoles, o en los franceses, o en los ingleses, o bien en los tres. O tal vez en nadie. Por consiguiente, sostengo que Franklin y Jefferson y sus contemporáneos fueron americanos, no estadounidenses. Y seguirán siendo americanos.

Ciudad Universitaria,
marzo de 2009